

JUEGO DE ZOMBIES

(Granada, marzo de 2016)

Los juegos, las alianzas siempre inestables, y los zombies ocupan los últimos años la cultura popular. Los juegos y sus precarios equilibrios se han representado de forma poliédrica –tenemos *Juego de tronos*, pero también *House of cards* o *Borgen*, que, a su modo, construyen mundos cerrados y autónomos de lucha por el poder, pero también *Los juegos del hambre* que presenta el mismo mundo entre oligarquía y ciudadanos. Desde un punto de vista nacional, o estatal, la cultura de consumo de las masas ha estado marcada por los *Ocho apellidos*, primero *vascos*, luego *catalanes*. La cultura de élite tampoco está exenta de estos lugares comunes. Señalaremos dos.

El primero, enmarcado en las disquisiciones sobre lo nuevo y lo viejo, es el parafraseo hasta el agotamiento, de las palabras de Gramsci acerca de aquellas situaciones en las que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Las restauraremos con exactitud: «El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos». Como en *The Walking Dead*, hay caminantes blancos, habrá caminantes negros, existen los caminantes a secas.

El segundo es la proliferación de las metáforas ajedrecísticas aplicadas a los procesos políticos como el manifiesto «Mover ficha: convertir la indignación en cambio político», comienzo de la andadura de Podemos como iniciativa convertida luego en partido. Basten algunos ejemplos más. El 27 de diciembre de 2015 Jorge Galindo afirma en *El País*, en un artículo titulado «La estrategia de los extremos»: *Desde el pasado lunes 21, el PSOE está en posición de zugzwang* (situación en la que un bando pierde mueva lo que mueva, porque no puede renunciar a mover). El 2 de enero de 2016 Odón Elorza negaba la inmovilización y proponía «Seis movimientos del PSOE en la partida de ajedrez». Ya en septiembre de 2014 Enric Juliana había escrito en *La Vanguardia* un «Curso de ajedrez: crisis, Catalunya y Podemos», del que extraemos el párrafo final:

Todo es muy complicado –al menos siete tableros de ajedrez simultáneos– y a la vez relativamente simple. En 2011, después del derrumbe definitivo de la experiencia Zapatero, el PP optó por hacerse cargo en solitario, sin pactos, sin alianzas, sin amistades, de la gestión de la crisis, con el propósito de forjar un largo ciclo liberal, férreamente pilotado por la élite funcional del Estado; dejar parálítico al PSOE y ajustar las tuercas a Catalunya. Ahora, todo es turbulencia.

En aquel 2011 publicamos en el número 34 un editorial titulado «Crisis imperialista, indignación y lucha de clases» que coincide en los elementos del curso de ajedrez de Juliana, uno de los mejores narradores políticos del momento. Siguiendo las claves de aquel texto analizaremos hoy el ajuste de tuerca a Catalunya a partir de la lucha de clases, la parálisis del PSOE a partir de la indignación y el cambio político y la forja de un largo ciclo liberal férreamente pilotado por la élite funcionarial del Estado en la época de la crisis imperialista. Como entonces, desconfiamos del juego de farol, confiamos en la acción consciente y preferimos el «sí se puede» a la esclerosis múltiple. Nos vemos en la obligación, sin embargo, de preguntarnos duramente por el qué y el cómo se puede.

Sin embargo, no pretendemos imaginar a España como un mundo cerrado y autónomo cuyas decisiones les pertenecen solo a su espacio. La posición de España en la coyuntura actual será tratado en el siguiente número. Hemos invertido el orden de la exposición, empezamos por este universo zombie del estado español, y empezaremos por los apellidos catalanes. Aclaremos primero cómo entendemos los términos pueblo, Estado y nación.

El término pueblo hace referencia, es cierto, a la emergencia de un «sujeto político» con un objetivo político determinado (la independencia, la soberanía...), es decir, como una alianza de clases movilizadas en torno a una de ellas, o fracción de ella, que ejerce la hegemonía y que es capaz de construir un imaginario social –lo que la socialdemocracia europea ha llamado «voluntad nacional-popular». Pero la noción también significa: comunidad ideológica que sostiene un Estado (el pueblo francés, el pueblo italiano...) sin que se requiera esa movilización colectiva. Uno de los principales problemas en el independentismo catalán, desde nuestro punto de vista, es qué clase dirige, si se da, el paso de la primera (movilización) a la segunda (institucionalización). En el caso concreto catalán, el proceso independentista lo hegemoniza la pequeña burguesía (propietaria y asalariada) que representa ERC. Para muestra un botón de Joan Tardà:

Creo que yo contribuía a hacer un traspaso no solo generacional sino también de paradigma, como es la culminación de lo que siempre hemos querido conseguir quienes pensamos que Catalunya es de todos y para todos. Esta candidatura refleja la dialéctica de que lo que nos estamos jugando es la soberanía y no la identidad. (eldiario.es, 29 de noviembre de 2015).

El mismo Joan Tardà, en esos mismos artículos ha hecho un análisis claro de esas relaciones y alianzas inter-clasistas en el movimiento independentista catalán, que mantendrían un interés común *a otro lado* de la lucha de clases.

El segundo término es el propio Estado. Frente a la visión idealista que hace preceder la nación al Estado, es el Estado el que produce la nación. Wallerstein en «La construcción del pueblo: racismo, nacionalismo y etnicidad», por ejemplo, explica, respecto al Sáhara, que sólo la existencia de un Estado propio podrá propiciar la existencia de una nación saharauí. El mismo Hobsbawm, planteaba la importancia de los ejércitos regulares en la «producción» de los contextos nacionales decimonónicos. El marco del Estado, así planteado, se define, al menos desde ERC, como un Estado árbitro frente a las clases sociales en el que el pueblo catalán es siempre en igualdad representado y defendido. Esta imagen llega incluso a la CUP, el dimitido Antonio Baños en *La rebelión catalana*, llega a defender la semilla de un estado social catalán en el siglo XI. El manifiesto «Aprovechar el momento para romper con el Estado y construir entre todos y todas la República Popular Catalana» de Crida Comunista condensa esta paradoja, que el Estado precede a la nación y que (olvida) todo estado es un Estado de clase:

Consideramos pues, que en el Principado, a raíz de la sentencia del Tribunal Constitucional en 2010 contra el Estatuto de Autonomía (insuficiente y además, recortado), que pasó por encima de la voluntad del pueblo catalán expresada vía referéndum y ratificación del Parlamento de Cataluña y el Congreso de los Diputados, significó un punto de inflexión en la sociedad catalana. Esta experimentó un crecimiento muy fuerte de las aspiraciones soberanistas y democráticas y desembocó en un movimiento popular y de masas con las grandes manifestaciones de los años 2012 a 2015, que por primera vez tenían como reivindicación central la independencia del país.

Creemos que como comunistas tenemos que aprovechar las condiciones subjetivas de cambio y la correlación de fuerzas que se está produciendo en Cataluña a raíz del proceso soberanista, y que pueden traer a una ruptura democrática y el establecimiento de una república donde las posiciones de la clase obrera y las clases populares se vean reforzadas, reconquistando derechos a través de un proceso constituyente y popular que culmine las tareas democrático-burguesas todavía pendientes de realizar hoy en día al Estado español, como consecuencia de la reforma, que no ruptura, del régimen franquista.

Por último, nación. La nación, de manera más o menos clara, tiene dos posibles ejes identitarios: la raza o la lengua. Afortunadamente, las cuestiones raciales están descartadas en el nacionalismo catalán. Sin embargo, la lengua sí es un elemento central en él (el hecho de haber fundado una organización específica para nacionalistas castellano hablantes es realmente sintomático). Como indica Etienne Balibar –«La forma nación: historia e ideología»–, la lengua plantea una nacionalidad abierta, frente a la racial que tiene un carácter endogámico, dado que el proceso de inmersión o transformación lingüística puede darse en varias generaciones (un ejemplo sencillo, la Revolución Francesa impuso como lengua oficial el francés, sin embargo, la última hablante de provenzal murió ya en el siglo XX –se podrían poner otros ejemplos como la koiné euskera o el proceso de unificación lingüística impulsado primero por el nacionalismo burgués y después por el PCCh en China). En Cataluña han proliferado los debates sobre el uso del catalán y el castellano e indistintamente la opresión sobre ambos. El idealismo del debate, creemos, se muestra de forma bastante explícita en estas palabras de Antonio Baños en *La rebelión catalana* (2013):

¿Es necesario un idioma oficial? Como ya ha recogido alguna gente, entre ellos el periodista Vicent Partal, no soy partidario de la oficialidad de ningún idioma. El idioma del estado será el catalán y la administración tendrá la obligación de hacerse entender entre sus administrados.

Sin embargo, pocas páginas antes había afirmado como uno de los motivos centrales para la independencia: «Para ver el castellano como un idioma hermano y no como un instrumento del estado enemigo».

Con estos conceptos podemos entrar en las líneas políticas de cada uno de los partidos en el tablero catalán. La burguesía catalana se encuentra dividida no solo entre nacionalistas y no nacionalistas, sino también dentro del nacionalismo. La quiebra de CIU no se debe solo a la corrupción interna de Convergencia, sino principalmente a la distinta estrategia ante las consecuencias de la crisis. El mantenimiento de una posición de privilegio en el marco del Estado de la burguesía catalana, algo que queda demostrado por la propia ley electoral que favorece la relevancia de los partidos nacionalistas vascos y catalanes, que los mantuvo unidos, se rompió cuando la crisis económica, la corrupción y la salida neoliberal parecía imponer un cambio de fase que amenazaba su hegemonía política. Ni Convergencia ni Unió parece que vayan a sobrevivir a su división, lo que podría significar una oportunidad para las clases populares. Sin embargo, su importancia es tal que, aún herida de muerte, el presidente del gobierno catalán pertenece a Convergencia.

La aparición de Ciudadanos puede suponer, quizá tarde, una renovación del pacto entre la burguesía catalana (Ciudadanos no está implantado todavía en el País Vasco) y las clases dominantes castellanas e, incluso la consecución del mercado único –en el debate del 14D entre Rajoy y Sánchez, Rajoy afirmó que una de sus cuatro líneas maestras es la creación de ese mercado único. La importancia de Ciudadanos no solo radica en la fabricación de un Podemos de derechas, sino en la reconfiguración de la burguesía monopolista española; a pesar de que su caladero de votos principal estuvo, en las elecciones catalanas, en el cinturón de Barcelona que tradicionalmente votó PSOE. Ciudadanos fue la fuerza política más votada en Sant Adrià del Besòs, 24,08% (aquel que quiera recordar la historia obrera de este pueblo puede leer la magnífica novela *Paseos con mi madre* de Pérez Andújar), Hospitalet de Llobregat, 23,61%, Esplugues de Llobregat, 23,95%, El Prat de Llobregat, 23,54%, Viladecans, 28,19%, Castelldefels, 27,42%, etc. En todas estas localidades (salvo en Castelldefels donde fue segunda), Ciudadanos ha sido tercera fuerza política en las generales del 20D, mientras que Podemos fue la fuerza más votada. Hecho que se explica porque esta concentración en zonas industriales y obreras es síntoma también de que esta alianza de clases, este

movimiento «nacional-popular» catalán no consigue integrar a parte de la clase obrera que vota a partidos claramente «españolistas».

El rechazo a la figura de Artur Mas representa nada más y nada menos que un símbolo de la posición de la burguesía catalana que no pudo llegar a imponer su candidato y de la composición de la alianza de clases que dirigen el proceso, puesto que tampoco han podido prescindir de una figura que la represente. Y esta figura supone limitaciones en el marco de la acción política. Ambigüedad que se convierte en contradicción en el seno de la CUP. Por un lado figuras como Antonio Baños que afirmaron en el parlamento catalán que nuevas elecciones significaban reacción y no revolución, o las de David Fernández que sentenció «in dubio pro proces» (*en caso de duda se favorece el proceso*). Se enfrentan a análisis que hacen prevalecer una lógica de políticas sociales como, por ejemplo, el manifiesto «El plan de choque debe ser la calle» donde se señala que:

Las 20 medidas del llamado «plan de choque» presentado por Juntos por el Sí son en realidad una burla a las necesidades más básicas de la población trabajadora. De todas ellas, solo tres serían actualmente aplicables y, de estas, dos son ya una obligación legal del Gobierno. Siete más dependen de la aprobación de los próximos presupuestos, sujetos a las restricciones de Madrid y Bruselas. Y 10 medidas más tendrán que esperar... a lograr la independencia. La reforma laboral se seguirá aplicando y ni siquiera será erradicada de los convenios colectivos dependientes de la Generalitat. (Lucha Internacionalista, Alternativa de Izquierdas y Corriente Roja).

Esta victoria de la mitad soberanista, capaz de sacrificar las políticas sociales por el proceso de independencia, se ha cobrado como trofeo la cabeza de Mas, que quizá se exhiba disecada sobre la chimenea de la próxima asamblea de la CUP, pero no se ha resuelto definitivamente, a pesar de la cesión de diputados y el compromiso de sostener contra viento y marea el gobierno como demostró la votación contra sus socios de coalición respecto a la privatización de Aigües del Ter-Llobregat.

En la misma lógica a distinta escala se mueve la alianza IU-etc. y Podemos en Cataluña. Isaac Rosa lo recoge de forma explícita en su prólogo a *La cuestión catalana*:

Fijémonos en el vocabulario que manejan esos catalanes rebeldes: *sobirania, dret a decidir, procés constituent*, república. ¿No hablamos el mismo lenguaje? ¿No queremos también nosotros recuperar la soberanía perdida (hoy en manos de los acreedores y la Troika), no exigimos ser tenidos en cuenta sobre decisiones cruciales, no aspiramos también a un proceso constituyente, no tenemos la república en el horizonte?

En el mismo sentido se ha manifestado Íñigo Errejón cuando afirma que el pueblo catalán y el pueblo español están inmersos en la misma emergencia de lo «nacional-popular» pero a ritmos diferentes (Fort Apache, 14 de noviembre). Esto nos recuerda un aforismo de Nietzsche: *El hombre y la mujer aman a ritmos diferentes, por eso no dejan de malentenderse*. El problema sería acelerar la construcción de lo «nacional-popular» en España o la ralentización en Cataluña para llegar al clímax simultáneamente, como si Cataluña tuviera un problema de eyaculación precoz o España de anorgasmia.

Es cierto que en las elecciones del 20 de diciembre En Comú Podem ha sido la fuerza más votada. Sin embargo, en su práctica política se verá limitada por los mismos elementos que la de la CUP, las limitaciones son semejantes a distinta escala territorial. Quizá porque olvidan que, como afirmó Althusser:

Bajo ninguna circunstancia... debemos olvidar que las cuestiones de las Libertades Democráticas y de la Independencia Nacional forman parte en principio parte de la ideología de Estado burgués.

Y es ideología burguesa porque las libertades democráticas y la independencia nacional, como significantes vacíos, han de ser colocados en su contexto histórico y social, y no solo espíritu absoluto de la voluntad relleno de oportunismo. Es decir, esos conceptos son abanderados, como argumentábamos en el caso de Catalunya, por alianzas de clase en las que predomina la pequeña burguesía. La realidad del repliegue durante décadas del movimiento obrero y de los sujetos políticos que reafirman la real interdependencia nacional, la realidad de décadas de defensa de las libertades democráticas en clave de vulneraciones por ser tal o cual cosa y no explotado, la realidad desde los 70 hasta hoy, fue

perfectamente descrita por Arrighi, Hopkiss y Wallerstein en *Movimientos antisistémicos*:

La reacción cultural y política de finales de los años setenta y de la década de los ochenta contra todo lo que significó 1968 parece sugerir que esto es en realidad lo que está sucediendo. Los Estados del Tercer Mundo se han enzarzado profusamente en una enemistosa e intensa competencia económica, aunque todavía afirman de boquilla una solidaridad entre ellos que de hecho no existe. Las generaciones más jóvenes, las mujeres, las «minorías», han pasado, aunque en diferentes grados, de las preocupaciones colectivas a las individuales, mientras que entre los trabajadores la solidaridad de clase y la unidad política se hallan, en casi todas partes, bajo mínimos históricos. Y en los epicentros de la lucha por la democracia política, el deseo de una mayor libertad se halla a menudo paralizado por los temores a la desorganización económica.

¿No es acaso este temor a la desorganización económica el límite de todas las luchas democráticas en el continente europeo? Continuamos la cita anterior:

Nos enfrentamos con la paradoja manifiesta de que un cambio favorable en el equilibrio de poder ha producido un escaso o nulo incremento del bienestar material de los grupos subordinados. Esta paradoja manifiesta tiene la simple explicación de que la reproducción del bienestar material en la economía-mundo capitalista tiene por condición la subordinación social de las masas trabajadoras reales y potenciales. Cuando esta subordinación disminuye, igualmente lo hace la propensión de la economía-mundo a reproducir e incrementar el bienestar material [...] Podemos preguntarnos, sin embargo, si este fracaso para proporcionar bienestar a partir de un equilibrio de poder más favorable, no podría estar haciendo oscilar el poder de nuevo a favor de los grupos dominantes.

¿No recuerdan estos párrafos a la memoria colectiva del gobierno de Zapatero? ¿Ampliación de derechos con un incremento negativo del bienestar? En 2011 planteábamos:

El 15M o movimiento indignado, cada nombre tiene pros y contras, es, entre otras muchas cosas menos importantes, una respuesta a la debacle del imperialismo con retórica progresista. Cabe preguntarse si es la indignación lo que media entre un socialdemócrata que quiere reconstruir la Internacional Socialista o un socialdemócrata desengañado por ella que, en las circunstancias actuales, se ha enfrentado al imperialismo en carne propia, empujado a la acción por la acumulación de contradicciones.

Contradicciones que en España son básicamente dos: las contradicciones entre las diversas fracciones del capital medio y pequeño con el capital monopolista, y la fragilidad de los aparatos de estado para estabilizar las condiciones de vida de la clase reinante. Poco queda así de las libertades democráticas para la opinión pública –de la que en todo momento las clases explotadas quedan excluidas. Tampoco queda mucho de la independencia nacional si se es territorio de especuladores y burguesía compradora en la división mundial del trabajo. Hasta el momento las reivindicaciones democráticas y sociales han tenido como consecuencia un aumento de la represión en la movilización social, cultural y, sobre todo, sindical y un empeoramiento de las condiciones de vida de las clases populares. Dadas las circunstancias, todas las miradas se dirigen en occidente a los partidos socialista, laborista y demócrata, sumidos en una crisis de identidad y necesidad de cambios para mantener el apoyo de sus bases sociales.

En 1984, año de la reconversión obrera del PSOE, comandada en el Ministerio de Trabajo por Manuel Chaves, Manuel Vázquez Montalbán publicaba el libro de entrevistas *Mis almuerzos con gente inquietante* en el que Rodolfo Martín Villa, entonces presidente de la CEOE, afirma frente a una pregunta sobre si los empresarios deberían sentirse inquietos por un gobierno socialista: «Pues bien: ninguna decisión del PSOE tiene por qué intranquilizar. Son de un conservadurismo que hoy día no podría permitirse un gobierno de derechas. Me han decepcionado».

Es cierto que la situación de los partidos socialistas europeos no es la del PSOE de 1982. Sin embargo, la situación ideológica sí se parece, por mucho que desde la prensa afín señalen que hay una «nueva izquierda» frente al anquilosamiento de la «vieja izquierda», que en casos como la italiana llegan a considerar obrerista (algo que no pasa de ser un mal sarcasmo): dos izquierdas, la izquierda, la vieja, amparada en los dogmas económicos del keynesianismo (en ocasiones con apuntes marxistas) y la nueva que busca sus políticas económicas propias dentro de la ortodoxia neoliberal. Este debate señala a las claras la quiebra de las bases de la socialdemocracia europea que parecen añorar

un partido con la fuerza que daba el temor al comunismo –salarios altos, garantías sociales, fuertes prestaciones, trabajo estable–, pero no encuentran una política diferente que aliente a sus bases y no rompa con el bloque de clase en el poder de Estado.

El Partido Socialista Francés se enfrentó a la disensión dentro de sus propias filas por segunda vez en un año con la llamada Ley Macron. La Ley Macron rompe con sus bases dentro de la pequeña burguesía asalariada y propietaria: la ley acaba con la regularización de varios colegios profesionales y de los horarios comerciales que incluiría la creación de zonas de interés turístico que escaparían a cualquier regulación de horarios (como la famosa almendra de Madrid). Esta quiebra de la base electoral del PSF se suma a la dimisión en mayo del año pasado del gobierno de Valls por discrepancias con la línea de austeridad y de recortes como escenificación final de la derrota electoral de marzo de 2014. Hollande ha perdido un tercio de su electorado en dos años de gobierno, lo que lo deja en una situación de franca debilidad, puesto que para su victoria necesitó en la segunda vuelta el apoyo de los votantes de Jean Luc Mélenchon, cuya concepción de la izquierda no pasa por la ortodoxia neoliberal.

El laborismo inglés tampoco oculta las disensiones dentro de sus filas. En España ha tenido éxito Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, libro que estudia la desconexión del laborismo inglés de sus bases obreras históricas por una concepción triunfalista de la pequeña burguesía asalariada. El texto, lleno de ejemplos de demonización, acusa a la *tercera vía* (en particular a Tony Blair) de esta desconexión con las clases trabajadoras que son convertidas, ideológicamente, en una subclase humana que despreciar:

En contraste, la filosofía del nuevo laborismo no hundía sus raíces en mejorar la suerte de la clase trabajadora, sino en escapar de ella. El nuevo laborismo era muy claro sobre su proyecto. Por ejemplo, Gordon Brown se presentó a las elecciones generales de 2010 con la promesa de crear «la mayor clase media que ha existido nunca».

La división dentro del laborismo inglés está presente en los vaivenes de las posiciones de Ed Miliband. El hijo de Ralph Miliband, teórico marxista de posguerra, ha pasado de un discurso (cuya base son las encuestas internas) basado en garantizar la sanidad pública o la subida progresiva del precio mínimo de la hora de trabajo a otro fundamentado en los recortes presupuestarios continuarán, aunque se contrarrestarían con subidas de impuestos a la fortunas. El intento de reconstrucción de un nuevo laborismo británico que supone Corbyn lo trataremos en el próximo editorial.

El caso italiano quizá sea, ahora mismo, el ejemplo más claro de las luchas dentro de la socialdemocracia europea en los dos sentidos: en la separación de sus bases y en la construcción de esa nueva izquierda que trata de encontrar su práctica y discurso sin cuestionar el neoliberalismo. No hay que olvidar que el PD recoge los sectores «de izquierda» de la Democracia Cristiana y los hijos del PSI y el PCI. La historia del PCI y porqué el partido comunista más grande de Europa ha desaparecido es una de las preguntas más duras a la que hemos de responder el movimiento comunista. A pesar de autobiografías imprescindibles como *El sastre de Ulm* de Lucio Magri, componente del grupo *Manifesto*, o los artículos de Perry Anderson que con agudeza señala que la separación con las clases trabajadoras se muestra, alegóricamente, en la sustitución de los símbolos del trabajo por motivos florales. Los errores, la obsesión con la estabilidad, el apoyo a gobiernos sin comunistas, el traslado de la hegemonía de las clases trabajadoras (ese vínculo de proletarios y campesinos con sectores proletarizados de la pequeña burguesía) a la hegemonía pequeña burguesa que pone a su servicio las luchas de las clases trabajadoras, la mala interpretación del bloque de clase en el poder, sus contradicciones o la conversión en fetiche de la emergencia popular-nacional...

El debate vieja y nueva socialdemocracia en Italia estalla en la modificación del artículo 18 del Estatuto de los trabajadores que, *de facto*, posibilita el despido libre. Las bases del PD, particularmente el sindicato CGIL, se han rebelado contra esta medida con una huelga general el 11 de diciembre de 2015, que ha paralizado prácticamente el país. Sin embargo, el PD repitió la lección aprendida de Thatcher contra los mineros británicos, y el ministro de Economía y Finanzas (previamente consejero en Italia del FMI) afirmó:

La mala situación económica del país se debe precisamente a la ausencia de reformas en los últimos 20 años, que se ha traducido en obstáculos a la inversión y a la creación de puestos de trabajo. Estamos convencidos de que hacemos lo que necesita el país. Y la reacción de los sindicatos es la señal de que vamos en la dirección correcta.

Thomas Piketty, *El capital del siglo XXI*, parece ofrecer la vía para la reconstrucción de la socialdemocracia dentro del capitalismo, esa nueva izquierda que no cuestiona el capitalismo ni reconoce la lucha de clases. Si dejamos aparte los modelos matemáticos (*la formulación que hace Piketty de la ley matemática esconde más de lo que revela acerca de las políticas de clase que están en juego*, ha escrito David Harvey), Piketty argumenta que el estado debe corregir con una reforma fiscal que retorne a los modelos más progresivos sobre la riqueza patrimonial, es decir, sobre el dinero estancado y no sobre el proceso que es el capital. Esto es, entre la utopía y la ingenuidad. Ed Miliband prometió esa reforma fiscal si ganaba en la generales de mayo del año pasado, que incluía un impuesto sobre «mansiones» que gravaría las viviendas que valgan más de 2,5 millones de euros. Renzi modificó el IRPF en los salarios inferiores a 1.500 euros; o, últimamente en España, IU anuncia la propuesta de un impuesto especial que grave los incrementos patrimoniales. Pero Miliband perdió y en el último año Corbyn en el Reino Unido y Sanders en EEUU intentan lavados de cara cuyo eslabón débil parecen ser España y Pedro Sánchez.

Intentando adelantarnos a las respuestas posibles a la crisis de la socialdemocracia, escribíamos en 2011:

Laberinto pretende huir tanto de los enfoques «clase contra clase» como de la amalgama en un frente popular en el que todos los gatos sean pardos, que tan sólo nos llevarían a repetir el pasado en un presente de derrota. Si la voluntad es imprescindible, no es menos importante el conocimiento de las condiciones en las que se desarrolla la lucha. Una y otras se determinan mutuamente. La unilateralidad de clase nunca llevará a la sociedad sin clases.

Una legislatura después encontramos que el 15-M ha dado el paso de la política a lo político escindidos en gatos morados y frentes populares. No son pardos, y no es un frente, pero no nos referíamos a eso como lo principal. El marxismo es a-historicista y a-humanista, es decir, no creemos que la historia la haga sólo la voluntad de actores poderosos. En la cultura de masas aún no hemos sido capaces de extirpar la idea de que la crisis mundial es voluntad de la clase dominante, que no es una crisis, sino una estafa. En la cultura de élite, la historia empieza con la crisis de los 70's y la «hegemonía» neoliberal en los 80's. Es la historia de un reino perdido, con su sujeto y sus fines.

«Ni de izquierdas, ni de derechas» es sin duda una de las expresiones que más hemos oído en los últimos años y Laberinto quiere reconocer «los méritos históricos reales» de Podemos en «cambiar el terreno» (como dice Badiou). El qué se puede es la clave, Podemos son los monstruos en el claroscuro: la pequeña burguesía asalariada que mira con terror el abismo de su proletarización. Es cierto que trata de atraerse a su alianza ese capital nacional; pero no es éste quien hegemoniza Podemos. Lo que sí ocurre es que esa atracción y esa centralidad pequeña burguesa dejarían el hueco de la clase trabajadora. La indignación intenta se dirigir, como muy bien explicaba Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz*:

Pero además, los gobiernos de Europa, muchos de ellos ahora tan temerarios como débiles en sus procedimientos, tratan de dirigir contra la clase conocida como especuladores la indignación popular, que es consecuencia obvia de sus viciosos procedimientos. [...] estos gobiernos están haciendo rápidamente imposible la continuación del orden social y económico del siglo XIX. Pero no tienen plan para reemplazarlo.

Hoy que el capital se refugia en el oro –las finanzas, hoy que casi todos son Keynes, que no ofrece más salidas que la guerra y la doctrina del shock implícitos a los principios de la economía clásica criticados con acierto hace tanto por Marx. Las clases populares europeas buscan mitigar el temor a la desorganización económica con el refugio en el sentido común que lleva a diseñar un Plan B, dado el fracaso de la Izquierda Europea en su análisis de que una victoria de Syriza en Grecia sería el principio del fin de las políticas de austeridad en la Unión Europea. La clave se encuentra en que Grecia ha sido el primer ejemplo en el que una organización de la izquierda

Europea se ha quedado por detrás de las demandas populares, después de décadas de justificar sus continuos fracasos en el aburguesamiento de las clases explotadas. Por mucho que fuese contradictorio que el 60% del pueblo griego votase en contra del paquete de rescate y el 75% estuviese a favor de permanecer en el euro, la clase reinante le ha dicho al pueblo que le apoyó que «no se puede».

Esperamos los resultados de las jornadas que se han realizado en Madrid los días 19, 20 y 21 de febrero, pero señalaremos tres cuestiones a partir de los escenarios que planteábamos en 2011:

El movimiento 15-M como movimiento pequeño-burgués atravesado por la contradicción principal capitalistas/proletarios debe ser consciente de en qué consisten esos tres escenarios y qué papel supondría cada uno de ellos para él. El de tipo reaccionario consistiría en su desaparición: dominio del gran capital, vuelta a formas fascistas de estado y la continuidad de guerras imperialistas. El de tipo pactista en que, como señalábamos más arriba, los trabajadores intelectuales por iniciativa propia revolucionen los procesos productivos, es decir, realmente tengan algo que ofrecer al gran capital en un hipotético pacto. El de tipo revolucionario en la recuperación del internacionalismo y la línea de masa.

En primer lugar, que el Plan B propuesto por Varoufakis avanza más por el internacionalismo que por la línea de masa. Dice el manifiesto:

El ejemplo de Grecia nos ha mostrado que para hacer frente a la actual coyuntura debemos aunar esfuerzos desde todos los Estados Miembros y desde todas las esferas: política, intelectual y de la sociedad civil. ¿Y la clase obrera? ¿Sociedad Civil?

En segundo lugar, lo que Jacques Sapir y Christophe Barret (economista e historiador, respectivamente) dicen a Pablo Iglesias en su carta abierta:

La cuestión del euro no responde entonces, como parece creer, solo al dominio simbólico de la hegemonía cultural. Es una cuestión concreta, que se traduce en centenares de miles de despidos, en millones de jóvenes –y menos jóvenes– trabajadores privados de empleo, en la bajada de todos los niveles mínimos sociales. No podréis llevar a cabo una política contraria a la de la austeridad sin atacar al euro. Aquí también el ejemplo de SYRIZA y de Grecia está poniéndolo de manifiesto: habiendo renunciado a abandonar el euro, incluso cuando una mayoría de la población estaría ya de acuerdo con tal perspectiva, el gobierno de SYRIZA ha sido obligado a aplicar la misma austeridad que la de Nueva Democracia y pierde hoy en día toda la legitimidad que se derivaba de su discurso contra la austeridad. La estrategia que consiste en buscar «ganar tiempo» es aquí, muy claramente, una estrategia perdedora. Al final, vosotros estaréis, no lo dudéis, enfrentados a las mismas opciones. ¿Cuál será, entonces, vuestra respuesta?

Tenemos que ser conscientes de que hoy todos los ojos están puestos en España, no solo por el Plan B, ni porque la izquierda europea pensaba que después de la victoria electoral en Grecia podría venir la victoria electoral aquí. Por un lado, las múltiples experiencias de relaciones de unión, coordinación y cooperación de las fuerzas anti-austeridad en los niveles local y autonómico. Por otro, el escenario endiablado para formar gobierno que se ha producido después de las elecciones del 20-D.

En 2013, pensando en que la crisis capitalista tendría sus efectos en el sistema de partidos, publicábamos en Nuestros Clásicos el artículo de Marx titulado *Logros del gobierno*, que comenzaba así:

Tal vez lo mejor que pueda decirse a favor del Gobierno de Coalición es que representa la impotencia en el poder en un momento de transición, cuando no su realidad, nada más que la apariencia de gobierno es posible con viejos partidos evanescentes y nuevos todavía no consolidados.

Mientras la prensa debate hoy si habrá adelanto electoral, alguna forma de gran coalición (PP+P-SOE+C's) o un «gobierno del cambio» (PSOE+Podemos+IU+Compromís), parece que se ha abierto una fase en la que solo la apariencia de gobierno es posible, en la que lo único que se juega es qué bipartidismo saldrá de este proceso, el viejo o uno nuevo, y con qué fuerza relativa contará lo que quede fuera de él a la izquierda y a la derecha.

En el campo de la izquierda, por el lado de lo viejo, el PSOE se debate en medio de un zuzgwanng irresoluble: si intenta gobernar con el apoyo de C's, para completar la revolución burguesa, dejará de ser la alternativa a la izquierda del bipartidismo; si intenta gobernar con el apoyo de Podemos e IU, espantará a sus votantes más temerosos de la desorganización económica. Por el lado de lo nuevo, Podemos se mueve en un terreno muy similar a Syriza: ¿es el aplazamiento de la II o de la III Internacional? No nos atrevemos a dar aún una respuesta. Lo que sí vemos es que más allá, a la extrema izquierda, se ve poco movimiento.

En el campo de la derecha, por el lado de lo viejo, el PP sufre un continuo desgaste, cada vez más incapaz de mostrarse como otra cosa que una trama de corrupción con forma de partido. Nosotros queremos huir de esa lectura humanista que conduce a la indignación: igual que Don Quijote no era un loco, reproducía relaciones feudales fuera de un contexto feudal, diremos que el PP es un partido vasallo en la utilización de los recursos públicos para inversiones de gran capital fijo, reaccionario, y se comporta como tal. Quizás no haya mejor prueba de esto que las declaraciones de Jaume Matas respecto al caso Noos y su desparpajo al decir que es normal 'decir que sí a lo que plantease el yerno del rey'. Por el lado de lo nuevo, C's se ha convertido en el seguidor de la gran coalición. Esto sucede a sabiendas de que la difícil situación legal del PP y su carácter reaccionario en cuestiones innecesarias para el capital imperialista, al que C's sirve claramente desde 2009 –cuando fue financiado por empresas armamentísticas norteamericanas–, le convertirá en gran partido de la derecha a medio plazo. Más allá, la extrema derecha se reorganiza a partir de la Federación Identitaria Española, cuyos promotores son el Partido por la Libertad, Plataforma por Cataluña y España 2000 y que ha recibido el apoyo público de Manos Limpias. Crecerá gracias a los logros de gobiernos como el de David Cameron, que ha conseguido del Consejo Europeo poder eliminar las ayudas sociales a los trabajadores comunitarios en el Reino Unido. No hay diferencia entre decir los británicos o los españoles, primero.

Atrapados en el populismo, en la lógica de lo «nacional-popular», el mérito de haber conseguido ganar tiempo en la aparición con fuerza de la extrema derecha en España, puede ser efímero. Comienzan a verse los zombies del fascismo que, a su vez, aprenden a ver como zombies a los refugiados, a los emigrantes y a todos que aquellos que tienen hambre.

Desde luego, para vencer, es imprescindible el diseño de una línea de masa que conciba a las clases populares como parte del ajedrez, y es imprescindible una organización política obrera, no sólo sindical. La historia es un proceso sin sujeto ni fines, que no corresponde a voluntades, sino al desarrollo de contradicciones estructurales, así que el «debate sobre cuestiones y temas a los que debemos hacer frente» cabe esperar que continúe con el planteamiento de la necesidad de un Plan C.